

ACTO PRIMERO
(Obertura)

Un pequeño dormitorio en el piso alto de la casa del reverendo Samuel Parris, en Salem, Massachusetts, en la primavera del año 1962.

A la izquierda, una angosta ventana; a través de sus paneles cuadriculados fluye el sol matutino. Aún arde una vela cerca de la cama, a la derecha. Un arcón, una silla y una pequeña mesa completan el mobiliario. En el foro, una puerta conduce al descanso de la escalera que lleva a la planta baja. En la aseada habitación reina una atmósfera austera. Las vigas del techo están a la vista y los colores de la madera son naturales y sin lustre. Al levantarse el telón, el reverendo Parris está arrodillado junto al lecho, en el que yace, inmóvil, su hija Betty, de diez años.

En la época de estos sucesos, Parris tendría unos cuarenta y cinco años. Dejó una huella repugnante en la historia y es muy poco lo bueno que se puede decir de él. Donde quiera que fuese creía ser perseguido a pesar de sus esfuerzos por ganarse la voluntad de Dios y la gente. En reunión se sentía ofendido si alguien se levantaba para cerrar la puerta sin antes pedirle permiso. Era viudo, sin interés en los niños ni talento para tratarlos. Los consideraba como adultos jóvenes y, hasta producirse esta extraña crisis, él, como el resto de Salem, jamás concibió que los niños debieran sino agradecer que se les permitiese caminar erquidos, con la mirada baja, los brazos a los costados y la boca cerrada hasta que se les mandase hablar.

Su casa estaba en el "pueblo" —aunque hoy apenas lo llamamos aldea—. La capilla estaba cerca y desde este punto —hacia la bahía o hacia tierra adentro— habla unas pocas

casas, oscuras, de pequeñas ventanas, apretujándose contra el crudo invierno de Massachusetts. Salem había sido fundada apenas cuarenta años antes. Para el mundo europeo toda la provincia era una frontera bárbara, habitada por una secta de fanáticos que, a pesar de todo, exportaban productos en cantidad creciente y de valor en paulatino aumento.

Nadie puede saber realmente cómo eran sus vidas. No tenían novelista, y, aunque hubiese habido uno a mano, no hubieran permitido a nadie leer una novela. Su credo les vedaba toda cosa que se pareciese a un teatro o "placer vano". No festejaban la Navidad y un día de descanso sólo significaba que debían concentrarse aún más en la oración.

La cual no quiere decir que nada rompiese esta rígida y sombría manera de vivir. Cuando se construía una nueva granja los amigos se reunían para "levantar el techo", se preparaban comidas especiales y probablemente se hacía circular alguna poderosa sidra. Había en Salem una buena provisión de instrumentos que se entretenían jugando al tejo en la taberna de Bridget Bishop. Probablemente el trabajo duro, más que el credo, impidió que se deteriorase la moral del lugar. La gente se veía obligada a luchar con la tierra, heroicamente, por cada grano de cereal y nadie disponía de mucho tiempo para holgazanear.

Que había algunos bromistas está indicado, sin embargo, por la costumbre de designar una patrulla de dos hombres cuya obligación era "marchar durante las horas del culto de Dios para tomar nota ya sea de quienes permanecieran cerca de la capilla sin concurrir al rito y la oración, o de aquellos que permanecieran en sus casas o en el campo sin justificarlo debidamente, y tomar los nombres de dichas personas y presentarlos a los magistrados a fin de que éstos puedan obrar en consecuencia". Esta predicación por meterse en asuntos ajenos fue tradicional entre la gente de Salem e indudablemente creó muchas de las sospechas que alimentaban la locura que estaba próxima. Fue también, a mi juicio, una de las cosas contra las que se rebelaría un John Proctor, pues la época del campo armado casi había pasado y, desde que el país estaba razonablemente —aunque no totalmente— seguro, las antiguas disciplinas comenzaron a resentirse. Pero, como en todos estos asuntos, la cuestión no estaba resuelta pues el

peligro continuaba siendo una posibilidad y era en la unidad, todavía, donde se hallaba la mejor promesa de seguridad.

El extremo del desierto estaba cerca. El continente americano se extendía interminablemente hacia el oeste y estaba, para ellos, lleno de misterio. Oscuro y amenazador, se alzaba sobre sus cabezas noche y día, pues de allí, de tiempo en tiempo, venían a merodear tribus de indios y el reverendo Parris inclusive tenía algunos feligreses que habían perdido familiares a manos de esos paganos.

La parroquial petulancia de esta gente fue responsable en parte, de su fracaso en convertir a los indios. También es probable que prefieran arrebatarse tierra a paganos y no a correligionarios... De cualquier modo, muy pocos indios fueron convertidos y la gente de Salem creía que la selva virgen era la morada del Diablo, su último refugio, la ciudadela para su defensa final. Para ellos, la selva americana era el último refugio de la tierra en el que no se rendía tributo a Dios.

Por estas razones, entre otras, ostentaban un aire de innata resistencia, hasta de persecución. Sus padres habían sido, por supuesto, perseguidos en Inglaterra. De modo que ahora, ellos y su iglesia, encontraban necesario negarle su libertad a cualquier otra secta, para que su nueva Jerusalén no fuese profanada y corrompida por comportamientos equivocados e ideas engañosas.

Creían, en resumen, que ellos sostenían en sus firmes manos la bujía que iluminaría al mundo. Nosotros hemos heredado esa creencia y ella nos ha ayudado y dañado. A ellos, con la disciplina que les dio, los ayudó. Fueron, en general, gentes aplicadas; y tuvieron que serlo para afrontar la vida que habían elegido —o a la que habían nacido— en este país.

La prueba del valor que para ellos tuvo su creencia puede hallarse en el carácter opuesto de la primera colonia de Jamestown, más al sur, en Virginia. Los ingleses que desembarcaron allí eran impulsados principalmente por un afán de ganancias. Habían pensado alzarse con los bienes del nuevo país y regresar, ricos, a Inglaterra. Eran una banda de individualistas y un grupo mucho más simpático que los hombres de Massachusetts. Pero Virginia los destruyó. También

Massachusetts trató de matar a los puritanos, pero ellos se aliaron; establecieron una sociedad comunal que, en el comienzo, fué poco más que un campo armado bajo una dirección autocrática y muy devota. Fué, empero, una autocracia por consentimiento, pues estaban unidos de arriba abajo por una ideología común cuya perpetuación era la razón y justificación de todos sus sufrimientos. Así, pues, su abnegación, su resolución, su desconfianza hacia todo propósito vano, su despótica justicia, fueron en conjunto instrumentos perfectos para la conquista de este espacio tan hostil al hombre.

Pero el pueblo de Salem en 1662 no era precisamente la gente aplicada que arribara en el Mayflower. Había tenido lugar un gran cambio y, en esa misma época, una resolución había de puesto al gobierno real reemplazándolo por una junta que en este momento estaba en el poder. A los ojos de ellos, éstos debían parecer tiempos dislocados, y para la gente común debiendo haber sido tan insolubles y complicados como lo es nuestra época de hoy.

Es notable la facilidad con que pudo convencerse a muchos de que esa era de confusión les había sido infligida por fuerzas subterráneas y tenebrosas. No es que aparezca indicio de tal especulación en las actas del tribunal, pero el desorden social en cualquier época alienta semejantes sospechas místicas, y cuando, como en Salem, se extraen milagros de debajo de la superficie social, es demasiado pretender que la gente se abstenga durante mucho tiempo de caer sobre las víctimas con toda la fuerza de sus frustraciones.

La tragedia de Salem, que está por comenzar en estas páginas, fué el producto de una paradoja. Es una paradoja en cuyas garras vivimos aún y todavía no hay perspectivas de que descubramos su resolución. Simplemente, era esto: con buenos propósitos, hasta con elevados propósitos, el pueblo de Salem desarrolló una teocracia, una combinación de estado y poder religioso, cuya función era mantener unida a la comunidad y evitar cualquier clase de desunión que pudiese exponerla a la destrucción por obra de enemigos materiales o ideológicos. Fué forjada para un fin necesario y logró ese fin. Pero toda organización es y debe ser fundada en una idea de exclusión y prohibición, por la misma razón por la que dos objetos no pueden ocupar el mismo espacio. Evidentemente, llegó un momento

en que las represiones en Nueva Inglaterra fueron más severas de lo que parecían justificar los peligros contra los que se había organizado ese orden. La "caza de brujas" fué una perversa manifestación del pánico que se había adueñado de todas las clases cuando el equilibrio empezó a inclinarse hacia una mayor libertad individual.

Si uno se eleva por encima de aquel despliegue de maldad individual, sólo puede compadecerlos a todos, así como nosotros seremos compadecidos algún día. Todavía le es imposible al hombre organizar su vida social sin represiones, y el equilibrio entre orden y libertad aún está por encontrarse.

La "caza de brujas" no fué sin embargo una mera represión. Fué también, y con igual importancia, una oportunidad largamente demorada para que todo aquel inclinado a ello expresase públicamente sus culpas y pecados cobijándose en acusaciones contra las víctimas. Repentinamente se hizo posible — patético y sagrado — que un hombre dijese que Martha Corey había acudido a su habitación durante la noche y que, mientras su esposa dormía a su lado, Martha se había acostado sobre su pecho y "casi lo había sofocado". Por supuesto, sólo era el espíritu de Martha, pero la satisfacción del hombre al confesarse no fué menor que si se hubiese tratado de Martha misma. De ordinario, no podía uno decir tales cosas en público.

Viejos odios de vecinos, largamente reprimidos, ahora podían expresarse abiertamente, y vengarse a despecho de los caritativos mandamientos de la Biblia. La codicia de ~~terceros~~ antes puesta de manifiesto en continuos altercados por cuestiones de límites y testamentos, pudo ahora elevarse a la arena de la moralidad; era posible acusar de brujería a un vecino y sentirse perfectamente justificado por la ganga obtenida. Viejas cuentas podían ajustarse en un plano de celestial combate entre Lucifer y el Señor; las sospechas y la envidia del infeliz hacia el dichoso podían desencadenarse, y se desencadenaron, en la general venganza.

Parris rezaba ahora y, aunque no podemos escuchar sus palabras, percibimos que es presa de la confusión. Murmura, parece estar a punto de sollozar; luego solloza y entonces reza de nuevo, pero su hija no se mueve.

Se abre la puerta y entra su esclava negra. Títuba tiene más de cuarenta años. Parris la trajo de Barbados, donde él había vivido varios años como comerciante antes de incorporarse a la Iglesia. Títuba entra como quien ya no soporta la separación de su ser más querido, pero también muy asustada, pues su instinto de esclava le ha advertido que, como siempre, las dificultades en esta casa terminan por caer sobre ella.

TITUBA (dando ya un paso atrás): ¡Mi Betty, sanita pronto!

PARRIS: ¡Fuera de aquí!

TITUBA (retrocediendo hacia la puerta): Mi Betty no morir...

PARRIS (incorporándose, furioso): ¡Fuera de mi vista! (Ella ya se ha ido). Fuera de mí... (Es dominado por los sollozos. Los calla apretando los dientes; cierra la puerta y se apoya en ella, exhausto). ¡Dios mío! ¡Dios, ayúdame! (Temblando de miedo, murmurando para sí entre sollozos, va hacia el lecho y toma suavemente la mano de Betty). Betty, pequeña... (Se inclina para arrodillarse nuevamente, cuando entra su sobrina Abigail Williams, de 17 años, muchacha de llamativa belleza, huérfana, con una infinita capacidad para simular. Ahora rebosa preocupación, aprensión y compostura).

ABIGAIL: Tío. (Él la mira.) Susanna Walcott viene de lo del doctor Griggs.

PARRIS: ¿Sí? Que entre, que entre.

ABIGAIL (asomándose a la puerta para llamar a Susanna, que está unos escalones más abajo): Entra, Susanna.

(Entra Susanna Walcott, muchacha nerviosa, apresurada, al go más joven que Abigail.)

PARRIS (ansiosamente): Hija, ¿qué dice el médico?

SUSANNA (empinándose para ver a Betty por encima de Parris): Me manda venir a decirnos, reverendo señor, que para eso no puede encontrar en sus libros ninguna medicina.

PARRIS: Debe seguir buscando, entonces.

SUSANNA: Sí, señor; ha estado buscando en sus libros des de que lo dejasteis, señor. Pero me manda decirnos que podríais buscar vos la causa de esto en algo antinatural.

PARRIS: (dilatándosele los ojos): No... no. Nada de causas antinaturales. Dile que he enviado por el reverendo Hale, de Beverly, el señor Hale seguramente lo confirmará. Que busque en la medicina y deseche toda idea de causas antinaturales, que aquí no las hay.

SUSANNA: Sí, señor. Es él quien me manda decirnos... (Se vuelve para salir.)

ABIGAIL: No digas nada de esto en el pueblo, Susanna.

PARRIS: Ve directamente a casa y no hables de causas antinaturales.

SUSANNA: Sí, señor. Rogaré por ella. (Vase.)

ABIGAIL: Tío, cunde el rumor de que es brujería; creo que lo mejor será que bajéis y lo neguéis vos mismo. La sala está llena de gente, señor. Yo me quedaré con ella.

PARRIS (abrumado, se vuelve hacia ella): ¿Y qué he de decirles? ¿Que en el bosque descubrí a mi hija y mi sobrina, bailando como herejes?

ABIGAIL: Sí, tío, bailamos. Habréis de decirles que yo lo confesé. Y seré azotada si debe serlo. Pero hablan de brujería. Betty no está embrujada.

PARRIS: Abigail, no puedo presentarme ante la congregación sabiendo que no te has franqueado conmigo. ¿Qué habéis hecho con ella en el bosque?

ABIGAIL: Bailamos, tío. Y cuando aparecisteis de entre los arbustos, tan repentinamente, Betty se asustó y se desmayó. Y eso fué todo.

PARRIS: Hija, siéntate.

ABIGAIL (*temblando al sentarse*): Yo jamás le haría daño a Betty. La amo tiernamente.

PARRIS: Atiéndeme, criatura. Tu castigo vendrá a su tiempo. Pero si en el bosque habéis traficado con espíritus, debo saberlo ahora, pues sin duda llegarán a saberlo mis enemigos y con ello me arruinarán.

ABIGAIL: Pero es que *no* conjuramos espíritus...

PARRIS: ¿Entiendes por qué desde la medianoche no puede moverse? La chica no tiene remedio. (*Abigail baja la vista.*) Esto saldrá a la luz, forzosamente...; mis enemigos lo pondrán en descubierto. Dime qué es lo que habéis hecho allí. Abigail, ¿te das cuenta de que tengo muchos enemigos?

ABIGAIL: Of decirlo así, tío.

PARRIS: Hay un bando que ha jurado arrojarme de mi púlpito. ¿Comprendes esto?

ABIGAIL: Así lo creo, señor.

PARRIS: Y bien; en medio de semejante embrollo, mis propios familiares resultan ser el mismo centro de no sé qué práctica obscena. En el bosque se hacen barbaridades...

ABIGAIL: ¡Jugábamos, tío!

PARRIS (*señalando a Betty*): ¿A esto le llamas jugar? (*Ella baja la mirada. Él suplica.*) Abigail, si sabes algo que pueda ayudar al médico, por amor de Dios, dímelo. (*Ella calla.*) Al sorprenderos, vi a Títuba agitando sus brazos sobre el fuego. ¿Por qué hacía eso? Y of cómo, de su boca, salía una chillona jerigonza. ¡Se bamboleaba como una bestia estúpida sobre esa fogata!

ABIGAIL: Siempre entona sus cantos de Barbados, y nosotras bailamos.

PARRIS: No puedo cerrar los ojos a lo que vi, Abigail, pues no han de cerrarlos mis enemigos. Vi un vestido tirado sobre la hierba.

ABIGAIL: (*inocentemente*): ¿Un vestido?

PARRIS: (*...es muy duro decirlo*): Sí, un vestido. ¡Y me pareció ver... a alguien desnudo, corriendo entre los árboles!

ABIGAIL: (*aterrorizada*): ¡Nadie estaba desnudo! ¡Os engañáis, tío!

PARRIS: (*con enojo*): ¡Yo lo vi! (*Se aleja de ella. Con resolución*): Sé sincera conmigo, Abigail. Y te imploro, dóblate bajo el peso de la verdad, pues lo que está en juego es mi ministerio...; mi ministerio y tal vez la vida de tu prima. Cualquiera que haya sido la enormidad que habéis consumado, dímelo todo ahora, pues no me atrevo a presentarme ante ellos, allí abajo, sin conocer la verdad.

ABIGAIL: No hay nada más. Lo juro, tío.

PARRIS: (*la observa: luego asiente con la cabeza, convencido a medias*): Abigail, he luchado aquí durante tres largos años para que esta gente testaruda se me someta, y ahora, justamente ahora, cuando la parroquia comienza a dar señales de algún respeto hacia mí, tú comprometes nada menos que mi reputación. Te he dado un hogar, criatura, te he cubierto de ropas...; dame ahora una honrada respuesta. En el pueblo..., ¿tu nombre es completamente immaculado?

ABIGAIL (*con una pizca de resentimiento*): Claro, estoy segura de que sí, señor. Mi nombre no tiene de qué avergonzarse.

PARRIS (*concretando*): Abigail, aparte de lo que me has dicho, ¿hay alguna otra causa por la que te han despedido del servicio de la señora Proctor? He oído decir, y tal como lo dijeron te lo cuento, que este año ella viene a la iglesia tan raras veces sólo por no sentarse tan cerca de algo sucio. ¿Qué querían decir con eso?

ABIGAIL: Me odia; sin duda, tío, porque no quise ser su esclava. Es una mujer cruel, una mujer mentirosa, insensible, llorona, y yo no quiero trabajar para semejante mujer.

PARRIS: Tal vez lo sea. Y sin embargo me ha preocupado que estés fuera de esa casa desde hace siete meses y que en todo este tiempo ninguna otra familia haya pedido tus servicios.

ABIGAIL: Quieren esclavos, no gente como yo. Que vayan a buscarlos a Barbados. ¡No me ensuciaré la cara por ninguno de ellos! (Con mal disimulado resentimiento hacia él): ¿Me regateas mi cama, tío?

PARRIS: No... No.

ABIGAIL (con arrebatos): Tengo buen nombre en el pueblo. No permitiré que se diga que mi nombre está sucio. ¡La señora Proctor es una charlatana embustera! (Entra Ann Putnam. Es una mujer de cuarenta y cinco años, de alma atormentada, obsesionada por la muerte, acosada por los sueños).

PARRIS (apenas comienza a abrirse la puerta): No... no. No puedo recibir a nadie. (La ve y en él surge cierta diferencia aunque sin disipar su ansiedad): Ah, señora Putnam, entrad.

ANN (agitada, con los ojos encendidos): Es un prodigio; no cabe duda de que os ha tocado un rayo del Infierno.

PARRIS: No, señora Putnam, es...

ANN (aludiendo a Betty): ¿Hasta qué altura voló, hasta qué altura?

PARRIS: No, no... no voló...

ANN (muy satisfecha de ello): ¡Cómo! ¡Seguro que voló! ¡El señor Collins la vió pasar sobre el granero de Ingersoll y descender con la ligereza de un pájaro, dice!

PARRIS: No, señora Putnam, escuchad, ella no ha... (Entra Thomas Putnam, un duro terrateniente acomodado, cincuentón.) Ah, buenos días, señor Putnam.

PUTNAM: ¡Es una suerte que la cosa haya brotado, por fin! ¡Es providencial! (va directamente hacia el lecho.)

PARRIS: ¿Qué cosa ha brotado, señor, qué...? (Ann va hacia la cama.)

PUTNAM (mirando a Betty): ¡Pero sus ojos están cerrados! Mira tú, Ann.

ANN: Sí que es extraño. (A Parris): Los de la nuestra es tán abiertos.

PARRIS (sobresaltado): ¿Vuestra Ruth está enferma?

ANN (con maligna certidumbre): Yo no diría enferma; el toque del Diablo es más grave que estar enferma. Es la muerte, sabéis, es la muerte diabólica que se mete en ellas, con horquilla y con pezuñas.

PARRIS: ¡Oh, no, por favor! ¿Por qué, qué es lo que tiene Ruth?

ANN: Tiene lo que se merece... No se despertó esta mañana, pero sus ojos están abiertos y camina, y nada oye, nada ve, y nada puede comer. Su alma está poseída, seguramente (Parris queda paralizado.)

PUTNAM (como pidiendo más detalles): Dicen que habéis enviado por el reverendo Hale, de Beverly...

PARRIS (con menos convicción ahora): Es sólo una precaución. Posee gran experiencia en todas las artes demoníacas, y yo...

ANN: Ya lo creo; y el año pasado encontró una bruja en Beverly, recordadlo bien.